

tros admirados conciudadanos, amigos y familiares. Una breve visita a la Iglesia y nos metimos en cama. Hubo quien no apareció por el Centro en tres días.

Agitación

Horas antes de embarcar visitamos la bahía de Palma. El mar estaba agitadoísimo. Como agitados estaban nuestros amigos la noche del domingo, que quedará grabada en los anales de la Agrupación, como una de las noches más divertidamente peligrosas de nuestro breve historial. Intervinieron para apaciguar la *marea*, las fuerzas de nuestra Marina y el Cuerpo de Serenos del Ayuntamiento de Palma. Y a pesar de ello, de vernos algún *mister* o *lady*, algún *monsieur* o *madame*, o *fraulein* o *frau*, hubiera podido gozar de un espectáculo típicamente español, por alegre y folklórico. Cante andaluz, sardanas, danzas típicas, vítores, alegría sana, propia de una juventud incontaminada y divertida. Formados en coro alrededor de la luz del rico *sol* de Andalucía, en una noche estelar y hermosa de la isla.

Sueños

Lo que me perdí, amigos. Dormía los plácidos sueños de *Cupido* cuando vosotros os divertíais, porque no es lo mismo andar por el mundo en solitario, con la bendición matrimonial a cuestas, que *solo* y sin compromiso. Y la que se armó en la pensión me despertó sobresaltado, temiendo que iba a hundirse el *barco* o la pensión. No sucedió nada. Horas después dormían todos profundamente, mientras pensaba en nuestra visita al Castillo de Benlloch, admirando los restos de otros tiempos en sus salas y contemplando durante horas desde la torre del homenaje, las ondulaciones del mar y la belleza de la ciudad de Palma y sus alrededores. Seguía los fosos, e imaginaba a los soldados de Jaime I, el Conquistador, en vigilancia tensa, atentos a cualquier desembarco de la morisma a la que habían arrebatado la isla, plantando el estandarte de la Cruz de Cristo. Recordaba nuestra visita a las cuevas mallorquinas, maravillándonos de las bellezas naturales que encierran,

las inverosímiles composiciones que forman las *estalactitas* que ornamentan las cuevas en singular decoración. Luego veía barcos y marineros, fragatas, bergantines, corbetas, submarinos, cruceros, destructores, todo en gran mescolanza, danzando ya en el país de los sueños. Eran fragmentos de nuestra visita al Museo Marítimo —que recientemente ha obtenido el premio Nacional Virgen del Carmen, por su labor divulgadora del mar—, y a los barcos de guerra del puerto de Palma. Un ligero sobresalto. Un buque que se hunde, formados sus tripulantes a cubierta, entonando himnos patrióticos. Y acto seguido aparece el *basilisco* que en una de las más céntricas plazas mallorquinas, mirando al mar, se levanta para memoria perenne de los héroes del «Balears». El hermoso edificio de la Lonja, su museo. Las calles y edificaciones de añejo ambiente...

Lo que fué el regreso

Y ya como punto final daremos una breve referencia de lo que fué el regreso. El lunes lo dedicó cada uno a sus aficiones. Los unos a cultivar la fotografía, los otros las flores y otros los aviones, insistiendo en la excursión al aeropuerto, en cuya primera edición, burlaron a los dos grandes, sustrayéndose a su vigilancia. Los más lo dedicamos a comprar regalos para nuestros parientes y los menos en ver las últimas películas y las mejores diversiones. Puedo asegurar, sin embargo, que en la despedida no se vieron caras bonitas amigas en el puerto, salvo la de la novia del hijo de la Pensión, quienes —los novios— se cansaron de hacer *nones* con el brazo, antes de que el barco hubiese zarpado. Y aquí empieza nuestra tragicomedia. Alegre en principio, que obligó a los mayorcitos a ir tras los *olímpicos* de menos edad, no sólo para cobijarlos en sus respectivas literas, sino también para librarlos de las musas del barco, en nuestro caso el Ciudad de Palma, grande y limpio, pero que nos dejó un amargo sabor a sal e hígado. Espectáculo edificante y jocoso el que ofrecía nuestro camarote ante la visita que recibimos, todos sonrientes y pretendiendo ser